

Lo que entra por los ojos no ha menester anteojos

Domingo 3º.ordinario 2014 A

Estamos en los inicios de un nuevo año y también en los inicios de la vida pública de Jesús. El Evangelio de Mateo nos presenta a Cristo como un hombre lleno de vida, de una profunda vitalidad y de un amor grande, desmedido por todos los hombres, pero principalmente por los más necesitados, los más enfermos, y sobre todo por aquellos que vivían lejos de la fe y del amor del Buen Padre Dios. Por eso comienza en Galilea, donde vivía una gran población de paganos, de los que se hablaba tan mal en Judea, donde Juan Bautista había comenzado su predicación y donde había encontrado su encarcelamiento y su muerte. Judea se volvería a encontrar con Jesús y cobraría sus deseos de libertad, de justicia y de amor, pero por lo pronto, Cristo se muestra cercano a todos los hombres y hasta allá lleva su mensaje salvador. Pero la tarea a la que había sido enviado, requería brazos, fuerzas, dinamismo y entre sus primeras acciones estuvo entonces el buscar seguidores, discípulos y antes que entre los palacios, las universidades o los templos Jesús prefirió buscar a sus primeros discípulos en las márgenes el lago de Galilea. Fueron pescadores sus primeros seguidores, y precisamente a ellos les lanza la invitación para convertirse en pescadores pero ya no de peces, sino de hombres. Y fueron Pedro y Santiago los primeros que sin preguntar a dónde, por cuánto tiempo, ni si tendrían prestaciones sociales, o seguro de vida o retiro de vejez, simplemente dejando las barcas y las redes lo siguieron. Luego se encontró con Santiago y Juan, que dejando a su padre y a su barca, se fueron tras de Jesús. Todos ellos y los que le seguirían, fueron invitados a ser discípulos, a aprenderle del Maestro, pero no como el alumno que se sienta frente al escritorio del maestro, sino como el amigo que sigue al amigo, para caminar juntos.

Y en ese sentido podemos señalar las cinco características que revistió el llamado de Jesús. Primero, el Maestro será siempre Cristo y no se vale entonces intentar ser más que él, sería una gran aberración, él será el que enseña, el que camina, y el que toma la iniciativa del amor, de la entrega y de la fidelidad. Qué mal hacemos los discípulos cuando queremos enseñar o vivir pasando por lo que Cristo nos enseñó y pretendemos forjar nuestro propio mensaje o nuestra propia manera de vivir. Segundo, el seguimiento de Jesús supone un desprendimiento profundo de las propias seguridades, en el caso de los primeros apóstoles fueron sus redes, sus barcas y sus familias, para el discípulo de hoy significa desprendimiento de la propia manera de pensar, de conducir la propia vida y de organizar a nuestra sociedad, de por sí bastante desorganizada, para vivir según el estilo de Cristo Jesús que fue el primero en desprenderse de su tierra, de su Madre y de todos los lugarillos que él amaba aunque nunca los dejó de lado, pues algún día volvió a

evangelizar a esas gentes entre las que él había crecido. Tercero, el llamamiento de Jesús es un camino. Siempre fue así, Cristo no se sentó nunca a instruir, a evangelizar a los suyos, siempre lo hizo de camino y siempre mirando al más allá, por eso no se dejó aprisionar cuando algunas gentes quisieron retenerlo para sí. El discípulo de hoy no puede detenerse donde lo tratan bien, donde lo oyen con agrado, sino que tendrá que buscar a aquellos que hablan y se expresan mal de su maestro y donde los derechos de los más pobres y de aquellos por los que Cristo dio su vida son pisoteados. Es ahí donde el discípulo de Cristo tiene que presentarse. Cuarto, el discípulo de Jesús tiene que ser siempre un misionero. Eso fue lo que Cristo pidió y consiguió de sus primeros seguidores: "Sígueme...yo los haré pescadores de hombres". Así tiene que ser hoy. La Iglesia no puede hacerse sorda, y contentarse con los que ya estamos dentro. Tiene que salir necesariamente, dándose cuenta que cuatro quintas partes de nuestra humanidad ni conocen, ni vibran ni hay quien les muestre el camino de Salvación de Cristo Jesús. El Papa Francisco se está desgañitando hoy, invitando a los cristianos todos dejar el centro de las ciudades, donde está el poder, donde está la diversión, donde está la economía, donde están los grandes políticos y salir a la periferia, donde están los pobres, los que no tienen escuela, los que no tienen techo, donde están aquellos en los que pulula la enfermedad porque no hay medios para combatirla, y finalmente, ser discípulo de Jesús significa cargar la cruz como él lo hizo, pero no a regañadientes, no con remilgos, pues lo que él ofrece es una corona de amor, un trono de verdad y de justicia y un trofeo de gloria, de vida y de verdadero triunfo. ¿No quieres dejar tu vida de comodidad o ese cristianismo dulzón pero incapaz de conmoverse de la necesidad ajena para convertirte hoy en un discípulo de Cristo con estas características?

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en
alberami@prodigy.net.mx